

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 74.—1.º de Abril de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

Tenemos el placer de comunicar á nuestros lectores la grata noticia de la mejoría progresiva que tiene en su salud la Sra. Doña Concepcion Arenal. Esperamos, pues, que, aunque se ausente para apresurar su completo restablecimiento, LA VOZ DE LA CARIDAD no continuará mucho tiempo privada de sus importantes tareas. El romance que hoy publicamos fue escrito por ella hace ya algunos años.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Madrid. X. Damos las gracias á este desconocido bienhechor por la levita que envia para los pobres. Se halla en buen estado, y ha servido al momento para que un pobre, que tenia empeñada toda su ropa, pueda salir á la calle y buscar recursos de trabajo á fin de mantener su familia.

EL OLVIDO.

¿No es verdad que esta palabra suena tristemente en los oídos de toda persona, cuando se trata de afecciones que desea conservar porque en mucho las estima?

Hay un olvido conveniente, que es el de las desgracias; hay otro sublime, que es el de los agravios recibidos, cuando no afectan al

honor; pero hay uno punzante y doloroso, que es el que simboliza la indiferencia y forma la base de toda ingratitud.

El hombre es sociable, criado para la sociedad, con un corazón siempre dispuesto para hacer el bien á los demás, cuando el egoismo ú otra pasión desordenada no perturba esta buena tendencia.

El bien y la caridad no deben hacerse con objeto de que se agradezcan; pero, aunque sea una de tantas imperfecciones humanas, siempre se desea que el afecto halle correspondencia y el beneficio reciba gratitud.

Hallar, pues, en vez de esa correspondencia, el frío del olvido, es una amargura de que difícilmente se libertan aun las almas de temple más elevado y que saben amar al hombre como Dios manda que se le ame.

¡Olvidar!..... La palabra es sencilla; parece un simple accidente de la debilidad en la memoria; y, sin embargo, en la mayor parte de los casos representa algo mucho más punzante.

Sin tener ambición de gloria y de fama, sin propensión á desvanecerse por las pompas mundanas y por las efímeras auras populares, aun conservando una serenidad de espíritu que haga al hombre superior á ciertas debilidades impregnadas de vanidad, es indudable y es natural que, cuando se ha pasado una larga parte de la vida en el comercio de afectos sociales más ó menos intensos, el olvido venga á herir de una manera dolorosa, porque equivale á decirnos: «No mereces gratitud y afecto, ni siquiera que se acuerden de ti las personas que has favorecido.»

Almas de una sublimidad excepcional y envidiable podrán ser superiores é insensibles á esta decepción; pero la generalidad de las personas la recibe con dolor y la soporta sin consuelo.

Cierto es que todo bien hecho no se pierde para el que lo hace ni para el que lo recibe, aunque este último no lo reconozca; cierto es que la caridad, sobre todo, no es un comercio mundano en que pueden tenerse exigencias, imponerse condiciones y estipularse previamente ventajas, sino que cuando se ejerce con sincero espíritu religioso, tomando por modelo á aquel de quien dijo S. Juan: *Deus est charitas*, solo atiende á la desgracia presente del desvalido, sin pensar en su probable ingratitud; pero también es cierto que en la generalidad de las gentes, y para esa generalidad escribimos, la imperfección más disculpable y la debilidad menos perjudicial es aspirar á merecer algún recuerdo y lamentar en su lugar algún olvido.

Ahora bien; á los que así piensan, que son los más, les queda un recurso para evitarse esa amargura.

¿Tememos el olvido? Pues hagamos méritos para que se acuerden

de nosotros: no méritos de ostentacion, sino del modesto ejercicio de hacer bien. Una sola obra buena podrá pasar desapercibida; muchas, no es fácil. Para tales obras, la base principal es acordarse de los que sufren. Hay muchas personas buenas, que hacen un favor y aun ejercen con fervor la caridad, si se les llama la atencion hácia ella, pero que, faltando este estímulo, se olvidan de los desgraciados. Ese olvido es fácil de corregir con un sencillo propósito y un hábito de cumplirlo. Cuando tengamos una satisfaccion propia, pensemos en una desgracia ajena. Cuando gocemos de bienestar, pensemos en el malestar de muchos séres, y en que con la misma facilidad y con igual razon que ellos son desgraciados y nosotros felices, podria haber sucedido, y suceder aún, todo lo contrario. Esta sencilla reflexion, aplicada constantemente por todos, bastaria á reformar sin violencia ni convulsiones una gran parte de lo mucho que hay reformable en el mundo.

Pensemos, en fin, pensemos siempre, y no nos acostumbremos al olvido, que es la negacion del ejercicio del pensamiento.

Acaso se dirá que las ingratitudes están tan generalizadas, que casi es prudente cierto sistema de olvido para no tropezar cada dia con nuevos ingratos. Este es consejo de egoismo ó de pequeñez de espíritu. Si hay pobres ingratos al beneficio que se les hace y desgraciados indiferentes al consuelo que se les da, hay muchos que no lo son, aunque no tengan la facilidad ó la ocasion de espresarlo.

De todos modos, haciendo el bien en la esfera posible á cada uno, no solo se cumple la ley de Dios, sino que se aleja ese olvido que ofende y se adquiere cierto derecho á ese recuerdo dulce que todos deseamos merecer en esta vida y dejar en el mundo despues de nuestra muerte.

Acordémonos, pues, de los pobres si no queremos ser olvidados por los pobres y los ricos.

Antonio Guerola.

UN RECUERDO AL SEÑOR VALLTERRA.

La muerte va arrebatándonos los bienhechores de los pobres. Preciso es que la generacion nueva se dedique á llenar estos sensibles vacíos.

El 5 de marzo ha fallecido en Valencia el Señor Don José María Vallterra, antiguo y celosísimo Presidente de la Asociacion de beneficencia domiciliaria de la Virgen de los Desamparados, y cuyo

excelente corazón estaba siempre abierto á todo impulso generoso, de lo cual ha tenido la VOZ DE LA CARIDAD repetidas pruebas.

Era además un hombre tan respetable y tan respetado, tan querido y tan digno de serlo, tan elevado en sus sentimientos, tan modesto en su proceder, y tan lleno de servicios á su país, siempre gratuitos y desinteresados, que su fallecimiento ha sido un motivo de verdadero duelo, no solo para su familia y numerosos amigos, sino para todos los valencianos y así se lo han demostrado con la inmensa concurrencia que llena de aflicción acudió á los funerales.

¡Que Dios haya acogido su alma en la mansión celestial, donde ninguna virtud deja de tener la debida recompensa! Esta esperanza es el único consuelo que queda á los que lloramos su pérdida con profundo y sincero dolor.

La Redaccion.

EL ZAPATERO REMENDON.

No vayas á pensar, lector amigo, que intento endosarte un artículo de costumbres, cuyo protagonista sea el zapatero de viejo ó remendon; nada de eso. Por otra parte, aunque quisiera, mal podia desempeñar su cometido quien nada entiende de remontas, tacones ni medias suelas. Mero narrador, conténtome por hoy con referirte una anécdota.

No siempre los proverbios son verdades generales é inconcusas, aunque tambien es cierto que la escepcion confirma la regla. *Nadie está contento con su suerte*, dijo el sabio, y repetimos, siempre que nos place, los ignorantes; y lo repetimos en latin para que mejor nos entiendan. Pues bien: un zapatero remendon de una capital de provincia, de cuyo nombre no quiero acordarme, desmintió con su conducta al sabio y al proverbio su hijo.

Es el caso, y va de cuento, que nuestro zapatero y su muger habitaban un sotabanco en cierto callejon de mala muerte, al que caen algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros, como observador y caritativo el Sr. Obispo su vecino; mas no fue la estremada pobreza del matrimonio zapateril lo que chocó al Sr. Obispo, sino su imperturbable conformidad y buen humor.

Levantábanse al romper el alba los zapateros, abrian la puerta de su choza, y en tanto que el marido recogia y ordenaba para el trabajo las herramientas de su oficio, barria y regaba la muger el trozo de calle fronterizo á su morada. Se sentaban despues sobre el umbral de la puerta, y machaca que te machacarás él y cose que te

coserás ella, con cáñamo encerado y tachuelas remendaban alguna bota ó zapato, que se apresuraba á llevar á su dueño la muger, para con el producto del remiendo cubrir despues sus nada blancos manteles. Inutil es advertir que sazocaban el trabajo de todo el dia con continuas canciones entonadas á duo y acompañadas por el monótono repiqueteo del martillo y conversaciones animadas y picantes. Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral el medio dia, recogian sus bártulos y, sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus sardinas ó cebollas asadas, que, con un pan moreno de á libra, repartian entre los dos como buenos hermanos y devoraban en pocos segundos con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, reproducíanse las canciones, la charla, el martilleteo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, de idéntica calidad que la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba á su olivo, recojíanse los zapateros en su choza, durmiendo en ella á pierna suelta el sueño de los felices.

El Sr. Obispo, que desde las ventanas de su palacio espiaba á los zapateros, al ver tanta resignacion unida á tanta pobreza, compadeciése del matrimonio, y, llamando al marido, le dijo:

—Me han dicho que es usted todo un maestro en su oficio, ¿por qué, pues, no pone usted una zapatería de nuevo en regla?

—Señor, contestó el zapatero, si no tenemos para comer, ¿cómo quiere S. I. que compre los materiales necesarios?

—No se apure usted por tan pequeña cosa. Tome usted esos cien duros y empléelos en lo que tenga por conveniente.

—Pero, Señor, ¿cómo he de pagar yo?.....

—Ya están pagados. Con que á trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta aquí, y á ver si logra usted reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro no acertó al principio á moverse de su sitio; bajó despues de cuatro en cuatro las escaleras de palacio y corrió en busca de su muger, que medio perdió el juicio al ver en su delantal tanto dinero.

Recogieron las herramientas y las botas y zapatos á medio remendar y entraron en su casa á resolver el árduo problema:

¿Qué harían con aquellos cien duros?

Por de pronto dejaron de trabajar, abandonaron el umbral de la puerta, apagáronse las canciones en sus gargantas, huyeron las conversaciones picantes de sus labios; y si bien es cierto que aquel dia no comieron, como de costumbre, sardinas y cebollas asadas,

tambien es verdad que por la noche desveláronse de tal manera pensando en que podian robarles su tesoro, pues no habia llave ni cerrojo alguno en la casa, que al fin se coló la aurora, no por las rosadas puertas del oriente, sino por la lóbrega de la habitacion zapateril, sorprendiendo al matrimonio con algunos reales mas que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

En tan angustiosa situacion pasaron algunos dias sin que ninguno de ambos cónyuges se atreviese á tomar una resolucion definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta, tomó su dinero y se lo devolvió al Sr. Obispo, diciéndole:

—Señor: cuando éramos mas pobres que las ratas, todo era en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que S. I. nos dió estos dos mil reales no hemos vuelto á ver hora buena. Con que aquí los tiene S. I. otra vez, y Dios que le premie en la gloria su caridad.

Suspenseo el Sr. Obispo tomó instintivamente el dinero, repitiendo á la vez con acento de duda el proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*

Manuel Polo Peyrolon.

LA CARIDAD EN FRANCIA.

Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD: Muy Señores míos y estimados amigos: quisiera corresponder á la confianza con que ustedes me honran pidiéndome algun artículo durante la enfermedad, que deploro, de uno de los principales redactores; pero hay muchas cosas que aumentan mi flojedad; procuro vencerlas y dar á ustedes noticia de la caridad oficial y de la caridad espontánea en este pais.

En el presupuesto de cada provincia hay un capítulo llamado ó titulado de «Asistencia pública,» en el cual se presuponen las cantidades necesarias para los objetos siguientes: para socorros de ruta y gastos de transporte de viageros indigentes; para la propagacion y conservacion de la vacuna; para auxiliar las sociedades maternas; id. para establecer asilos de niños que aún maman (crèches); subvenciones á las sociedades de socorros mutuos; subvencion á las cajas de retiros de la vejez; oficinas de asistencia judicial; depósito de mendicidad, casas de refugio, hospicio; socorro á enfermos indigentes; socorro para la curacion de indigentes atacados de enfer-

medades psóricas; pensiones de sordo-mudos enviados á establecimientos especiales; id. id. á ciegos; id. id. de locos, gastos de transporte y de vigilancia; servicio de médicos cantonales y compra de medicamentos para enfermos pobres; subvencion para cocinas económicas; socorros para casos de extrema miseria, de calamidad local, etc.; socorros á presos, niños espósitos, niños abandonados, y niños huérfanos. Además de esta prevision de las Diputaciones provinciales, cada pueblo auxilia en su presupuesto los hospitales, hospicios y establecimientos fundados por la caridad pública ó particular, y esto es de gran importancia en las capitales. En París los establecimientos piadosos gastan 36 millones de francos (143 millones de reales), de los cuales 12 millones son auxilio de la municipalidad. En Lion, Marsella y Burdeos sucede otro tanto.

Sin embargo, la caridad espontánea no se satisface con tan estensos cuidados de la municipalidad y del departamento, y busca aún en cada parroquia, por medio de los celosos curas y de asociaciones parecidas á las de San Vicente de Paul, los pobres vergonzantes que por circunstancias especiales no pueden ser asistidos por la administracion pública, y les hace llegar el bálsamo de la caridad religiosa que les socorre y consuela, sobre todo si saben sufrir con cristiana resignacion las penas inevitables y esperar la compensacion de las penas de esta vida con los consuelos eternos de la otra, evitando la desesperacion, que es una de las peores enfermedades, tanto del pobre como del rico.

La sociedad de socorro á heridos (en campaña, ó sea de la cruz roja, hace tambien llegar sus auxilios, no solo á los heridos durante la guerra sino á los inválidos y huérfanos despues de la paz. Y las Congregaciones de San Vicente de Paul y los conventos de religiosas que la caridad sola ha convertido en heroínas, algunas de las que han sido mencionadas como tales en las órdenes generales del ejército y agraciadas con la cruz de la Legion de Honor; y tantas otras Hermanas de Caridad, para pobres, para enfermos, para niños, recojiéndolos y educándolos, establecimientos modernos fundados por la caridad femenina, prueban, lo que les dije á ustedes, que la mujer tiene propension innata por la caridad, que conviene desarrollar por la educacion.

Hay además en todas las principales ciudades Montes de Piedad, Cajas de ahorros, sociedades de salva-vidas en los puertos de mar y en los grandes rios; la sociedad de París ha prestado y presta grandes servicios; sociedades de socorro é instruccion para los obreros, hospicios particulares y mil ingeniosos medios de disminuir las penalidades del pobre.

En Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza y toda la Alemania existen sociedades semejantes á las que he enumerado y otras adaptadas á las costumbres y necesidades de cada pais. La caridad es inherente á la civilizacion; solo hay crueldad y falta de caridad donde hay falta de civilizacion.

Queda de ustedes afectísimo Q. B. S. M.,

El Conde de Ripalda.

De París á 4 de marzo de 1873.

SISTEMA PENITENCIARIO.

Como LA VOZ DE LA CARIDAD se fundó para ocuparse de pobres y de presos, que son dos grandes agrupaciones de personas desdichadas, no se estrañará la insistencia con que venimos abogando hace tres años por las graves é indispensables reformas que exige nuestro sistema penitenciario, ó por mejor decir, porque se establezca alguno, pues en el dia, si lo hay aunque defectuoso en los presidios, falta casi por completo en las cárceles, convertidas en simples encierros.

Hoy parece que se piensa y se trata de hacer algo sobre esta cuestion, que llega á ser cuestion social. Recientemente se ha formado, aunque quizás por móviles puramente políticos, la ley de 15 de febrero último, en la cual se dispone que los procesados por delitos políticos sufran la detencion y prision en locales distintos de los que ocupan los que lo están por delitos comunes; y con el fin de que no quede esto, como otras veces, en simple precepto escrito y no observado, se fija el plazo de dos meses para que se realice la separacion de locales, y se declara que toda autoridad, que faltare á lo prescrito en esa ley, será castigada como autor de detencion arbitraria. Muy conveniente es que esto sea de todos conocido, para que pueda reclamarse su cumplimiento por los interesados.

Veremos si esta mayor solemnidad de una ley hecha espresamente para tal objeto, con plazo fijo para quedar planteada y con apercibimiento penal para los funcionarios que no lo cumplan, produce mas efecto que otras disposiciones anteriores publicadas con igual objeto, entre ellas el artículo 11 de la ley de prisiones de 26 de julio de 1849 y la Real orden de 3 de setiembre de 1852, que están en lamentable desuso.

No somos de los que profesan un sentimentalismo exagerado de indulgencia con los delitos políticos. Son tales delitos porque la ley

los define en este concepto, y porque realmente pueden encerrar atentados, vejaciones ó infracciones de ley como los demás delitos comunes. Pero sin desconocer esto, creemos tambien que el delito político, en la gran mayoría de los casos, no supone hábito de delincuencia, perversidad de ideas ni voluntad criminal, sino que suele ser efecto de la exaltacion política, del vértigo que produce la discusion apasionada de las cosas públicas, y del deseo, ya razonado ya fanático, de quererlas reformar.

Por esta consideracion creemos, que sin dejar de castigarse tales delitos, es justo, es conveniente y es humanitario no mezclar á los procesados por ellos con la masa comun de presos, entre los cuales por desgracia predominan los criminales pervertidos, cuya compañía puede ser insoportable á personas de ciertos principios honrados, y hasta corruptora si esos principios no están sólidamente arraigados.

La ley, pues, de 15 de febrero, si se cumple mejor que las anteriores, es un paso importante en la carrera de las grandes reformas que exige este ramo.

Otra de mas ancha esfera se inicia por el Ministerio de Gracia y Justicia. Se ha creado una numerosa Comision de personas de distintas clases y procedencias, para estudiar la reforma completa que requiere la organizacion del poder judicial, el código penal y el sistema penitenciario, cuya Comision ha empezado ya sus trabajos. La empresa es grande. Razones especiales, que algunos comprenderán, nos impiden hablar con estension de esos trabajos, y mucho menos de las personas á quienes están encomendados. Solo si podemos decir que todas ellas están animadas de un buen deseo en el desempeño de su cometido.

Antonio Guerola.

LA POBREZA Y EL PAUPERISMO.

En los siglos de la fe se conocian dos clases de pobreza, á saber: la miseria, que era un mal accidental que la caridad aliviaba si no conseguia curarlo por completo; y la pobreza propiamente dicha, cuyo estado aceptaban gustosos los elejidos de Dios. La miseria estaba resignada, la pobreza contenta. Por medio de las virtudes cristianas y del trabajo se ascendia desde la miseria hasta la pobreza, como hoy desde la pobreza al bienestar. Pero en aquellos tiempos se llamaba bienestar casi á lo que hoy llamamos pobreza. El que tenia salud y algunos útiles para el trabajo, dormia tranquilo,

confiado en la Providencia, despues de haber pedido á Dios el pan de cada dia. La caridad se dedicaba á mantener ó restablecer el equilibrio de lo estrictamente necesario entre la pobreza y la miseria. Materialmente no se proponia mas ni se la exijia otra cosa. Su accion consistia sobre todo en compensar la ausencia de los bienes temporales por la abundancia de los espirituales, que son la fe, el amor, la esperanza, es decir, la paz y la alegría enmedio de las privaciones y la humildad.

Hoy no diremos que esta sociedad ha desaparecido enteramente, pero se halla reducida á tan estrechos límites, que apenas puede decirse que ejerza en el mundo influencia.

El materialismo, por desgracia tan estendido, ha ahogado la resignacion en los pobres y la caridad en los ricos.

Los unos despreciando los bienes espirituales y no encontrando suficientes los temporales que les puede ofrecer el amor de sus semejantes, han sentido nacer el odio en sus corazones.

Los otros se han dejado invadir por el egoismo, han aceptado con frenesí el mote *cada uno para si*, que parece la divisa de la sociedad moderna, y ahogan entre los gritos de sus triunfos y las carcajadas de sus festines los gemidos de los que padecen.

La misma caridad, que por fortuna no se ha estinguido del todo, ha sido y es muchas veces indiscreta, porque derrama á manos llenas sus beneficios sobre algunos pobres, que vienen á ser por este hecho otros tantos privilegiados, y se ve obligada á relegar á los otros al olvido.

El concurso de todas estas causas ha creado un estado de cosas que parece insostenible.

La sociedad moderna rechaza las máximas que servian de asidero á las sociedades antiguas para atravesar, guiadas por el Evangelio, tantos dias sombríos, sin que su razon se perturbara ni su existencia se viera amenazada. Y ¿qué ha sucedido? Que la mision que la caridad desempeñaba cumplidamente, la filantropía y las modernas teorías sociales no pueden llenarla. En lugar de la miseria resignada y de la pobreza contenta, se levanta formidable la hidra del pauperismo, proponiendo á los hombres de Estado este problema dos veces insoluble: cómo se podrá hacer aceptable la pobreza á los pobres; ó cómo se cambiará la constitucion eterna de las sociedades humanas suprimiendo la pobreza y enriqueciendo á todos: porque desde que el hecho natural de la pobreza ha llegado á convertirse en el fenómeno subversivo del pauperismo, y la ciencia tambien natural de la caridad se ha convertido en filantropía, es decir, en el arte inseguro y complicado de la asistencia pública, pa-

rece que la sociedad no puede soportar las leyes de la naturaleza, y se encuentra en la alternativa de perecer bajo su peso ó destruirlas en la lucha.

Los economistas y los socialistas han acudido al remedio del mal. Los unos, considerando al pobre como un enemigo, quieren secuestrarlo en pretendidas casas de caridad, que son á veces como casas correccionales, donde se castiga la pobreza cual si fuera un crimen, privando al pobre de lo único que posee en el mundo, la libertad. Los otros, viendo en el pobre una especie de señor, quieren obligar á la sociedad á proporcionarle por medio de sacrificios imposibles los imposibles goces que los cortesanos de sus pasiones le enseñan á desear. Discutidas públicamente entre empíricos, ambiciosos y sectarios estas utopias, á la vez frívolas y criminales, han agravado el mal, han avivado los resentimientos de una y otra parte y han engendrado en todos el deseo ciego de acabar pronto, arriba por medio de la fuerza y abajo por medio de las revoluciones. Pero cuando un pueblo ha perdido el Evangelio, no hay fuerza que le pueda obligar á sufrir resignado las fatigas del trabajo y las privaciones de la pobreza; así como tampoco hay revolucion capaz de hacer que la tierra se cubra de espigas sin semilla y sin cultivo.

El sistema de los economistas triunfa en Inglaterra, ¡Sistema preñado de peligros! El pueblo inglés encierra sus pobres sin cuidar mas que de mantenerlos materialmente; en el dia de una revolucion esos antros vomitarán sobre el pueblo inglés una oleada de bestias feroces. El sistema de la igualdad de fortunas y de los goces sin trabajo está en vigor en la Nueva-Zelanda, donde los salvajes se mueren de hambre cuando no encuentran un semejante que comerse.

Lo que debe llamar la atencion en medio de su celo real ó aparente, es que los economistas y los socialistas desprecian igualmente á los pobres: los primeros no toman en cuenta su libertad; los segundos olvidan su dignidad: ni unos ni otros consideran en ellos mas que al bruto temible y poderoso de quien la habilidad debe deshacerse por medio de la fuerza, ó apoderarse valiéndose del halago. Estudian sus debilidades y sus pasiones, los unos para encadenarlas, los otros para seducirlas. ¿Quién les tiene verdadero amor? Los que saben que el pobre tiene un alma y se cuidan del porvenir de las almas mas aún que de la salud de los cuerpos.

El remedio se encuentra, pues, en la caridad verdaderamente cristiana, en la caridad católica.

El dia que la caridad desapareciera entre nosotros; el dia que el pobre dejara de recibir la palabra de amor juntamente con la moneda que satisface sus mas apremiantes necesidades de manos de un

bienhechor que le llama *hermano*; en una palabra, el dia que se agotaran las fuentes de la limosna, el mundo estaria próximo á horrosas catástrofes. Despues de la clausura de los conventos en Inglaterra, en tiempo de la Reina Isabel, muchedumbres sin recursos y sin abrigo se lanzaron á correr los campos. Se ensayaron diferentes medios para contener la inundacion de la miseria, y por fin hubo que apelar al cañon.

Una cosa semejante ha de suceder en todas las sociedades para resolver el problema del pauperismo. Donde la caridad no lo estinga en su origen, la metralla tendrá que destruirlo.

E. Zamora y Caballero.

UN SOCORRO NUEVO PARA OTRO QUE FALTA.

Los suscritores de nuestra Revista, que lo sean ya antiguos, recordarán quizás la historia verídica, que les referimos en el número 5, de un desdichado que quiso ser suicida y solo consiguió quedar ciego y casi inútil de los pies, pero con la ventaja de haberse operado en su alma una hermosa trasformacion de fe religiosa, merced á los cuidados y á los consejos de algunas personas caritativas, especialmente de una señorita, cuyo nombre creimos deber ocultar con el de María.

Destituido aquel infeliz de todo recurso para mantenerse, en compañía de una hermana suya, por haber perdido naturalmente el destino que tenia en una oficina pública y estar inútil para todo trabajo, obtuvo por la celosa mediacion de María una pension de diez reales diarios, que le asignó de su bolsillo la caritativa reina Doña María Victoria de Saboya y que ha estado cobrando hasta el mes de febrero último. Con la marcha de la reina volvía á quedar el ciego desamparado, pero su protectora ha repetido sus esfuerzos cerca de algunos amigos y personas generosas con el fin de reunirle por suscripcion otra cantidad igual, y está en vias de conseguirlo, pues ya cuenta con mas de la mitad en pocos dias. Aquel desdichado tendrá por lo tanto asegurada de nuevo su subsistencia. Aplaudimos esta caridad que recae en una de las personas mas desventuradas y que sin embargo soporta admirablemente su desgracia.

Antonio Guerola.

ANALES DE LA VIRTUD.



Ejemplo heroico de amor filial y fraternal.

En un miserable lecho
 Una mujer moribunda
 Mira en derredor de sí
 Con espresion de amargura.
 ¿Qué temor ó qué recuerdo
 La desconsuela y la turba?
 No siente dejar la tierra
 Donde vivió en triste lucha;
 Siente el dejar sin amparo
 Tres miseras criaturas;
 Su paralitico esposo;
 Su hija, que desde la cuna
 Ni tuvo jovial aspecto
 Ni tuvo salud robusta;
 Y un niño que, enfermo siempre
 De idiotismo ó de locura,
 Pocas voces é insensatas
 Dificilmente articula.
 Este es el cuadro sombrío
 Que ve al borde de la tumba,
 La idea desgarradora
 Que la acongoja y la abruma.
 Una mano cariñosa
 Su postrer sudor enjuga;
 Unos labios la consuelan
 Con palabras de ternura.
 Su hija, la dulce, la buena,
 La que incansable la cuida,
 La que de noche la vela,
 La que de dia la ayuda
 Y devora el triste llanto
 Para no aumentar su angustia.
 La mano de la doncella
 La enferma estrecha convulsa,

Clava en ella una mirada
 Intensa, fija, profunda,
 Y un tanto se dulcifica
 Su honda espresion de amargura,
 Cual si encontrara respuesta
 Lo que sus ojos preguntan.
 Despues de breve silencio
 Dice al fin la moribunda:
 —Hija mia, de ser buena
 Me ofreciste pruebas muchas,
 Recibe mi bendicion,
 Y así Dios te dé la suya.
 ¡Voy á morir..... Con qué pena!
 ¡Cómo os dejo..... Sin ventura!
 Tus hermanos..... Tu buen padre.....
 Sin salud y sin fortuna.....
 De limosna..... El hospital.....
 ¡Oh! La vista se me turba.
 Tu hermano..... el pobre insensato
 Objeto de escarnio y burla.....
 En mi agonía terrible
 Cómo esta idea me abrumba.....
 Tú eres hábil en tu oficio,
 Fuerte aunque niña, robusta.....
 ¿Quedarán abandonados?.....
 —¡Oh! ¡No, madre mia, nunca!
 Y en esta sencilla frase
 Que entre gemidos pronuncia,
 Hay de verdad tal acento,
 Que la doliente no duda,
 Y tranquila y consolada
 En paz descende á la tumba.
 ¡Triste y amante Julita!
 Su madre ya no la escucha,
 Y la solemne promesa
 Aún le repite y le jura.
 ¿Qué ha de hacer la triste niña
 Con su virtud, aunque mucha,
 Si habrá de pasar un año
 Antes que tres lustros cumpla?
 Allí está el libertinaje,
 Allí la malicia astuta,

Los tentadores placeres,
 La intemperancia profusa;
 Allí los dulces halagos
 Y los sueños de ventura;
 Allí está la vida fácil
 Del que su deber descuida.
 ¡Cuán grata es la libertad!
 ¡Cuánto el sujetarse abruma!
 ¡Es tan jovial la abundancia!
 ¡La pobreza tan adusta!
 De las tentaciones todas
 Se oyen las voces confusas,
 Y la niña atribulada
 No da oídos á ninguna.
 El dolor que hunde á los viles
 Las almas grandes escuda,
 Y el deber y la desgracia
 La inteligencia maduran.
 La niña deja de serlo,
 Y, grave y meditabunda,
 Es madre de sus hermanos
 Y á su enfermo padre cuida;
 Por guía su corazón,
 Y el trabajo por fortuna.
 Despierta sobresaltada
 Y con estrellas madruga,
 Y antes que al taller se parta
 Los suyos se desayunan.
 A la primer campanada
 Que el medio del día anuncia,
 Por darles algún sustento
 Arrostra el sol ó la lluvia,
 Torna á partir, y no vuelve
 Hasta que es ya noche oscura.
 Así se pasan los días,
 Los meses, los años, nunca
 Da señales de impaciencia,
 Ni sus servicios rehusa,
 Ni en más bienes se complace
 Que en los bienes que procura,
 Ni imagina que hay virtud
 En la prodigiosa lucha
 Que con el dolor sostiene,
 La miseria y la amargura.
 No es el esfuerzo de un día
 Que arrebatada, que deslumbra;
 Es combatir cada hora
 De un año, que tiene muchas;
 Son largos años de prueba
 Terrible, ignorada, oscura,
 Sin más testigo que Dios,

Con él solo por ayuda.
 Conmueve el que su existencia
 En un instante aventura.
 Para la vida inmolada
 Hora por hora, en tal lucha
 ¿Las voces no hallarán eco,
 Serán las palabras mudas?
 Si han de faltar homenajes
 A las virtudes mas puras,
 ¿De qué sirve el corazon
 Y de qué sirve la pluma?
 ¡Oh! Cuántas veces se arroja
 Diciéndole con angustia:
 «Si no hallas otro lenguaje,
 Queda eternamente muda.»
 Perdona, niña querida,
 Joven heróica, disculpa
 Si es tan pálido este canto
 Que para ensalzarte escuchas.
 Y si no en la lira notas,
 Hay en el alma ternura,
 Y tienen llanto los ojos
 Que en silencio te saludan,
 Y hace el corazon amante
 Votos con vehemencia mucha,
 Y te desea, hija mia,
 Largos años de ventura.
 Jamás de la enfermedad
 Sientas el peso que abrumba,
 Ni reducida te veas
 A pedir agena ayuda.
 Jamás veas de la envidia
 La escuálida faz adusta,
 Ni la ingratitud te aflija,
 Ni te muerda la calumnia.
 Jamás te agiten los celos
 Con sus infernales furias,
 Ni el desengaño te hiera,
 Ni la esperanza te huya.
 Ni sientas de esos dolores
 Que desgarran, que torturan
 Sin que nadie los sospeche,
 Sin que á nadie los descubras,
 E inspirando lo que siente
 Tu alma cariñosa y pura,
 Puedas amante y amada
 Bajar tranquila á la tumba.

Concepcion Arenal.